

EL CUERVO Y LA VASIJA

Esopo

Había una vez un cuervo que tenía mucha sed. Voló mucho tiempo en busca de agua y de pronto vio una vasija. Se acercó y vio que contenía un poco de agua. Trató de beber, pero la vasija era honda y no pudo alcanzar el agua con el pico.

—Tengo demasiada sed—graznó—. Pero debo beber esa agua para poder seguir volando. ¿Qué haré? Ya sé. Volcaré la vasija.

Le pegó con las alas, pero era demasiado pesada. No podía moverla.

—¡Ya sé! —dijo—. La romperé y beberé el agua cuando se derrame. Estará muy rica.

Con pico, garras y alas se arrojó contra la vasija. Pero ésta era demasiado fuerte.

El pobre cuervo se tomó un descanso.

—¿Qué haré ahora? No puedo morir de sed con el agua tan cerca. Tiene que haber una manera, y sólo necesito pensar hasta descubrirla.

Al cabo de un rato el cuervo tuvo una idea brillante. Había muchas piedrecitas alrededor. Las tomó una por una y las arrojó en la vasija. Poco a poco el agua subió, hasta que al fin pudo beberla.

—Siempre hay un modo de vencer los escollos —dijo el cuervo—, pero hay que aguzar el ingenio.



Ilustración de Mariana Acosta